



ba - y como su mano, aunque no ya apretando, continuaba cerrada en torno a mi muñeca di un tirón por liberarla.

-Sí - dijo, mirando sus dedos olvidados de deshacer la forma de garra -; y con Eloy le pasaba lo mismo, le repugnaba aquella sonrisita suya siempre un poco lasciva.

-¡Muy lasciva, querida!...Pero, ¿te dabas tú cuenta de esas cosas?

-Claro que me la daba - ahora es cuando se acordó de abrir la mano -; pero, ya viste, con el cambio de parejas tampoco es que pudiera decirse que los resultados...

-No, pero...bueno - me encogí de hombros -, ya al menos se ciñeron a un criterio.

-¿Qué criterio? - y en las cuerdas del cuello muy tirantes se la notaba crispada.

-Pues el de emparejarse por afinidades, supongo.

-¿Y nadie tuvo en cuenta que él había cambiado, que se mantenía al margen de todo, que tan pronto se aprestaron todos a ayudarle a hacer el reparto que debiera hacer solo no volvió a ser el mismo?

-La culpa fue de él - no tenía seguridad, pero eso es lo que dije.

-¿De él?

-¿De quién si no?

-¡Pero si él se negó siempre a saber leer ni escribir! - argumento que me pareció del todo estrafalario, pero que me lo pareció un poco menos cuando añadió -: sus conocimientos no podían estar emponzoñados por ninguna influencia nociva de su intelecto; nada más él, él solo, hubiese podido hacer partes iguales...

-¿Partes iguales de qué? - interrumpí -, ¿partes iguales de un vacío absoluto?

-No sé de qué; pero cuando se pusieron fue por algo - terca, y como si hubiera hecho un gran descubrimiento -: y que por cierto nada más lo hicieron los casados, los que tenían marido o mujer; pero tú y yo no.

-Es que tú y yo siempre fuimos muy apáticas; aunque hubiésemos tenido tres maridos cada una me parece a mí que...

-No - admitió, sacudiendo la cabeza - si a lo mejor sí; pero las cosas fueron como fueron - y cuando pensé que no se le ocurría ningún otro desvarío aun le quedaba una reserva